



# El Eco de la Montaña,

Periódico semanal, defensor de los intereses de Olot y su Comarca.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.		Ptas.
En toda España, trimestre.	1.50	
» » » año.	5.00	
ANUNCIOS . . . . .	Los suscritores, línea. . . . .	0.05
	Los no suscritores, » . . . . .	0.10
NÚMEROS SUELTOS. . . . .		0.15
REMITIDOS. . . . .	Precios convencionales.	

Olot de 25 Septiembre de 1892.

Año I. Núm. 13.

Para suscripciones y demás, dirigirse al Administrador ó bien á la librería de Juan Bonet, calle Mayor, núm. 3, Olot. No se sirven suscripciones ni se insertan anuncios que no estén adelantado su importe. —Tampoco se admitirá escrito alguno que no vaya firmado por su autor. Insértese ó no, no se devuelven originales.

## De la colaboración particular de EL ECO DE LA MONTAÑA.

### EL PATRIOTISMO.

Por más que hoy en el mundo solo se aprecie á los hombres por lo que aparentan ser; por más que todos procuremos engañarnos mutuamente y á sabiendas; por más que circule el cobre de la mentira en vez del oro de la verdad, hay engaños y supercherías tan grandes y que tanto mal producen, que creo necesario sacarlos á la luz del sol para que todo el mundo, sin ninguna clase de esfuerzos, pueda saber á que atenerse; para que el más miope vea la burda trama sobre la que se ha tendido un falso oropel con objeto de deslumbrar á los inexpertos y de confundir á los hombres de talento.

En todas partes; lo mismo en las grandes capitales que en los más insignificantes villorrios, se oyen hoy día, discursos pomposos, vanos y huecos; discursos basados en el amor á la humanidad y á la patria casi todos, como si los que los pronuncian fuesen dechado de ciudadanos y estuviesen prontos á sacrificar por sus hermanos y por la tierra que les vió nacer, no solamente sus intereses materiales, sino que también su propia vida.

Yo debo confesar que durante mucho tiempo, me he dejado deslumbrar por las apariencias y que, como la mayor parte de los hombres de corazón noble, franco y leal, he aplaudido sin reservas á los que con asombrosa facundia hacían profesión de fe, de amar á sus semejantes y á la patria; yo les he considerado como hijos predilectos del país, por el que decían ellos, estaban dispuestos al heroísmo y al martirio; yo no he titubeado en ayudarles con todas mis fuerzas, á la consecución de sus fines, que creía entonces que no eran ni podían ser otros que la felicidad común.

Hoy es distinta mi manera de pensar y mi modo de apreciar á las personas y cosas.

Vinieron las dudas á mi mente, y merced á ellas me entregué al examen frío y razonado de todos los asuntos, y dejando aparte mis entusiasmos é imponiendo silencio á mis pasiones, manéjé el escalpelo para formarme idea exacta de lo que pasaba ante mis ojos.

Este trabajo analítico, pesado en sus principios, me ha dado por resultado, la evidencia de que muchos que blasonan de patriotismo y de caridad, no son más que egoístas de baja ralea que cubiertos con el simpático manto de la felicidad común, trabajan única y exclusivamente por sus intereses particulares; el manejo del crisol me ha hecho conocer que generalmente no existe el patriotismo en aquellos seres que más de él alardean; el escalpelo de la crítica me ha descubierto burdas tramas entretejidas de pasiones, odios, rencores, concupiscencias y egoísmos, sin que entre tantos vicios reunidos, haya echado de ver ni una hilacha tan siquiera de virtud.

Apesar de ser todavía joven, tales han sido

mis luchas y tales mis desengaños, que hoy me atrevo á afirmar, sin temor de equivocarme, que conozco el mundo tal cual es, y que éste no conseguirá engañarme con sus falaces promesas, con sus doradas comedias y con sus aparatosas demostraciones.

Dícese que la experiencia es la madre de la ciencia; pero que hace pagar muy caras sus lecciones y realmente es así.

Las lecciones que la experiencia me ha dado, han sido la causa de que cesaran mis entusiasmos; de que se marchitaran mis puras ilusiones; de que lo mire todo con prevención, y de que no me determine hoy á obrar sinó después de haber dado mil vueltas al asunto, para investigar las consecuencias que de él pueden sobrevenirme.

Yo he visto que de los talentos y de las energías de un hombre humilde, se aprovechaban los seres de nulidad intelectual; yo he observado como tales seres le alababan y le enajaban, mientras padían con sus obras adornadas como el grajo con las brillantes plumas del pavo real, y que le volvían las espaldas y trituraban á mordiscos su honra, cuando por un mal paso, efecto de su temperamento ó de otras circunstancias fortuitas, sucedían consecuencias desagradables; yo he observado que hombres que juraban y perjuraraban de patriotas, han abandonado el país y sumídole en la ruína y en la miseria por un destino más ó menos retribuido.

Y si todo esto he visto, observado y tocado, no es extraño que desconfíe de aquel que más blasona de amar á la patria y á la humanidad; que mire con prevención á todo aquel que quiere robarse de una aureola de mérito merced á la elocuencia con que Dios le ha dotado.

Hay que con encerse de que el verdadero patriota no lo demuestra con flamantes discursos; sinó con obras.

Por mí, es buen patriota aquel que, desde el rincón de su hogar sin alardes ni publicidad, estudia con afán los problemas que afectan al bienestar del país y procura resolverlos para darle días felices; aquel que jamás le hace traición aunque le pongan ante sus ojos los tesoros de Rostchil; aquel que logra, después de muerto, las bendiciones y alabanzas de aquellos seres que de sus obras reportaron beneficios reales.

Los que tanto blasonan de querer á la patria y que solo procuran ver satisfechos su orgullo necio y su loca vanidad, no pueden ser verdaderos patriotas, lo más que podrán ser, patrioterros y hay que confesar que entre unos y otros existe una diferencia tan grande, como la que hay entre las risas y las lágrimas; entre la luz y las tinieblas.

Emilio Serrat Banquells.

Camprodón Septiembre de 1892.

### Desde París.

Sr. Director de EL ECO DE LA MONTAÑA.

15 Septiembre de 1892

Hablemos del cólera. No oigo hablar de otra

cosa desde que me levanto hasta que me acuesto.

Y conste; aunque esté mal el decirlo y peor el hacerlo, que abandono el lecho á las siete de la mañana, y vuelvo á él después de las doce de la noche.

Pues bien: durante las diez y siete horas que median entre una y otra operación, encuentro cuando menos igual número de personas que me piden ó me dan noticias de la epidemia reinante.

—¿Sabe V. cuantos casos hubo hayer?

—No señor, ni me importa saberlo.

—Pues hubo 38, ¿Sabe V. el número de defunciones?

—Tampoco. ¿Sabe V. que podríamos hablar de otra cosa más agradable? Por ejemplo: de los encantos de esa lindísima joven que acaba de pasar.

Pero no hay medio de que cambien de conversación los cronistas de S. M. el cólera, que son, como ustedes pueden suponer, todos los seres pusilánimes, todos los que tiemblan y se horrorizan ante la idea de que un microbio errante puede introducirseles por la boca ó por los agujeros de la nariz.

Debían comprender esos caballeros que el hablar, sobre todo en mitad de la calle, es una grave falta de precaución y que en boca cerrada no entran... *bacilos virgulas*, ni de ninguna otra casta.

Si así lo comprendiesen se harían acreedores á la gratitud de los que estamos de conversaciones *coleriformes* hasta la punta de la coronilla.

\*\*

He dedicado unas cuantas líneas á los miedosos, á los que se meterían si pudieran, en el centro de la tierra para ponerse fuera del alcance de la terrible epidemia, y lógico y justo me parece hablar también de los valientes, de los que van al encuentro del invisible enemigo y le brindan generosa hospitalidad.

He tenido el honor de conocer personalmente á uno de nuestros héroes, al Dr. Mesnil, antiguo médico de la armada y entusiasta partidario de la vacuna anticólerica.

Es uno de los hombres más simpáticos que he conocido hasta el día.

De buena estatura, complexión robusta y pleotórico de salud, llama la atención á la vez que por estas excelentes cualidades físicas, por la vivacidad de sus ojos, por su carácter jovial y por el ingenio que derrocha desde el momento en que empieza á sostener una conversación ya sea con personas conocidas ó desconocidas.

Cuando me presentaron á Mr. Mesnil hacía ya cuarenta y ocho horas que el buen señor había sido vacunado, en el instituto Pasteur, por Mr. Haffkim, discípulo del eminente sabio é inventor de la inoculación de los microbios como medio preservativo de la enfermedad.

Mr. Mesnil nos dijo sonriendo pocos instantes después del comienzo de nuestra entrevista.

—Calculo que pasarán de veinte mil bacilos los